

Ritama MUÑOZ-ROJAS, «*Poco a poco os hablaré de todo*». *Historia del exilio en Nueva York de la familia De los Ríos, Giner, Urruti. Cartas, 1936-1953*. Prólogo de Antonio Muñoz Molina. Epílogo de José García-Velasco. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2009, 505 pp.

A pesar de que «las cartas» –escribió Fernando de los Ríos a su hermano José el 10 de noviembre de 1942– «ahora no se pueden considerar escritas exclusivamente para aquel a quien se destinan», por lo que «conviene [...] descargarlas de muchas cosas» (p. 146), las que podemos leer en este volumen –remitidas a los familiares que vivían en España, en Santo Domingo y en Puerto Rico entre septiembre de 1939 y octubre de 1947– contienen reveladoras informaciones sobre los trabajos y los días del catedrático de Derecho Político de la Universidad de Granada y político socialista en su exilio neoyorquino. Contratado como profesor de la Facultad de Ciencia Política y Social de la New School for Social Research de esa ciudad, a la que llegó al término de la guerra civil procedente de Washington –donde estuvo al frente de la Embajada de la República durante el conflicto–, De los Ríos se sintió

desde entonces un privilegiado cuando se comparaba con «tantos y tantos compañeros de mérito como se hallan aún sin seguridad alguna» –según reconoció el 26 de diciembre de 1939– (p. 74) y siempre que pensaba en «los centenares de miles de compatriotas en exilio» (p. 201).

Como les sucedió a todos ellos, el destierro determinó su existencia, los diez últimos años de una vida en la que se vio obligado a trabajar sin descanso para poder sacar adelante a su familia. Las conferencias que dictó en Estados Unidos y en no pocos países de Hispanoamérica le reportaron los ingresos que tanto necesitaba, pero le impidieron alcanzar su «gran ilusión»: dedicarse a escribir algunos de los libros que tenía en mente desde hacía tiempo (p. 74). Aunque realizó de buen grado numerosas gestiones en favor de los exiliados republicanos –«solo así cumplimos con nuestro deber de hombre y de español en estas horas terribles», les recordó a su hermano José y a sus sobrinos José y Rafael (p. 78)–,¹ no consiguió eludir su participación activa en política, como era su deseo. «Cuando se han contraído responsabilidades históricas, como la de haber contribuido primero a la fundación de un régimen y después a representarlo, no se puede uno salir de la suerte», afirmó el 28 de diciembre de 1945 (p. 262). La figura y la trayectoria de Fernando de los Ríos poco tie-

¹ Fernando de los Ríos consiguió que el dictador Rafael Leónidas Trujillo, de República Dominicana –al que, según reconoce en esta correspondencia, consideraba «un tipo abyecto» (p. 241)–, realizara una «oferta inicial y oficial para que fuesen a ésa tres mil españoles» (p. 98). En uno de sus viajes a México también logró del presidente Lázaro Cárdenas «la reiteración de su promesa de que trabajaría con todo ahínco por la expatriación de los españoles refugiados en Francia a México; es más, ante el cuadro que le pinté, me ofreció, como así lo ha hecho, gestionar la cooperación con la Marina Mercante Norteamericana», escribió De los Ríos el 5 de septiembre de 1940 (*idem*).

nen que ver por ello con los rasgos definidores del exilio republicano en Estados Unidos, un país en el que, a causa de su restrictiva política migratoria, se refugiaron profesionales de «bajo perfil político» que, condicionados por el aislamiento de la cultura española y la dispersión en la que vivieron, pudieron «concentrarse más que nunca en su propia producción intelectual».²

Su sentido del deber, al que aludió a menudo en sus cartas, le obligó a asumir una y otra vez compromisos inexcusables para quien –del modo en que le sucedía a él– pensaba continuamente en España. A la difícil situación del país se refirió en numerosas ocasiones en su correspondencia, en la que incluyó, sobre todo en un primer momento, todas las informaciones que recibió de quienesquiera que pudieran proporcionárselas. «Concha Prieto, que ha estado aquí», le escribió a su hermano José el 19 de septiembre de 1939, «me dice, por referencias de su padre [Indalecio Prieto], que siguen abandonando España y cruzando la frontera ¡hasta guardia civiles!, ¡y que aquello es un infierno!» (p. 71). Unos meses después comentaba a este mismo propósito que había estado en Washington recientemente, «invitado por el secretario de Estado». Allí había podido ver a «mucha gente. Impresión de España en los centros oficiales», añadió, «terrible. Franco es un hombre incapaz, no tiene [a] nadie a su alrededor y en un ambiente de caos y ruina quien manda es Falange» (p. 79).

Desde su inicio siguió con preocupación –con gran esperanza– el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, un conflicto del que, a su parecer, se derivarían importantes consecuencias, tanto desde el punto de vista internacional –«gane quien gane, [...] será el final de la etapa cultural en que Europa ha tenido la hegemonía: no hay cultura posible, alta cultura, en un estado de ruina» (pp. 71-72)– como para España. «Independientemente de nuestra justa amargura y queja respecto de Inglaterra y Francia», escribió al referirse a la vergonzosa actuación de los países miembros del Comité de No Intervención durante la guerra civil, «pensando en humano, nuestra dignidad de individuo depende del triunfo de éstas y [de] la derrota de Alemania y Rusia» (p. 72). «La guerra va muy bien», anotó ilusionado en diciembre de 1943, «y, a semejanza de lo que va pasando en los demás países europeos, a la postre se impondrá en España un régimen de libertad y respeto democrático» (p. 180).

Al término de la Segunda Guerra Mundial se desvaneció, como es sabido, la esperanza de cuantos creían que el fin del franquismo sería inminente. «La gente que llega de España ¡cuenta cosas tan tremendas!», escribió Fernando de los Ríos ya en 1946. «Se ha agudizado ahora la persecución y, en lo material, la división de clases se ha ahondado con abismos entre los multimillonarios y los infelices asalariados» (p. 280). Ante semejante realidad, De los Ríos empezó a sentir

² Sebastiaan Faber y Cristina Martínez-Carazo, «Problemas y paradojas del exilio español en Estados Unidos», en Sebastiaan Faber y Cristina Martínez-Carazo (eds.), *Contra el olvido. El exilio español en Estados Unidos*. Alcalá de Henares: Instituto Franklin de Estudios Norteamericanos, 2009, p. 16.

«la melancolía especial que va dejando en el espíritu un exilio largo y una vejez que tiende a atropellarme», reconoció a principios de ese mismo año (p. 278). Estaba enfermo, lo que lo obligó a dimitir de su cargo de ministro de Estado del Gobierno de la República en el exilio. A partir de entonces procuró ayudar a José Giral –presidente del Consejo entre 1945 y 1947– en cuanto pudo (p. 280). Pero su voz epistolar se apagó a finales de esa última fecha, un año y medio antes de que le sobreviniera la muerte.

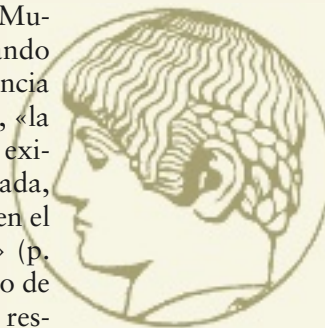
A principios de junio de 1949, Gloria Giner, su viuda, le escribió una extensa carta a los miembros de la familia que permanecían en Madrid en la que dejó constancia de las numerosas muestras de pesar y de reconocimiento llegadas de todas partes del mundo que había recibido tras el fallecimiento (pp. 366 y 367). Concluía así el relato de la vida de Fernando de los Ríos que su madre, Fernanda Urruti (la «Bisa»), Gloria Giner –su esposa– y su hija, Laura, habían realizado a través de la correspondencia durante una década. En ese tiempo les explicaron a sus familiares sus viajes, las entrevistas que mantuvo con diferentes personalidades de la política y del ámbito universitario o sus impresiones sobre la situación política en España y en el mundo, porque en esta correspondencia Fernando de los Ríos es –como sostiene Antonio Muñoz Molina en el prólogo– «alternativamente narrador y figura contemplada por otros» (p. 13). Fue, para sus familiares residentes en Madrid, «el señor», «el ausente», «el viajero», «el mayorcito», «el padre de familia» «el regresado»: términos con los que se refirieron a él para no nom-

brarlo por temor a la censura franquista, a la que le hurtaron también la posibilidad de hallar el de Ortega y Gasset o el de Jorge Guillén (p. 277) en las cartas que les remitieron desde el apartamento situado en el número 448 de la neoyorkina Riverside Drive, donde aguardaban con gran expectación sus noticias.

Fernando de los Ríos murió fuera de España, como les había sucedido ya a Laura García Hoppe –su suegra, que vivió con ellos el destierro– y a Federico García –padre del poeta y vecino y consuegro del político socialista. Dos años después, los restos de Pedro Salinas fueron trasladados desde Estados Unidos a Puerto Rico, tal como comenta Gloria Giner en la carta que le envió a su cuñado José el 10 de diciembre de 1951. Para todos ellos, esta nueva realidad –en la que no habían pensado durante los primeros años de su estancia en el país– les obligó a reflexionar sobre su presente y su futuro. Al referirse a la muerte de su padre, Laura de los Ríos les confesó a sus familiares de Madrid que el dolor que les produjo su pérdida habría sido muy «distinto para todos si hubiese sido en su tierra. En fin», prosiguió, «otra pena que tenemos que añadir a estos años tan duros y otra cosa más que nos ata a esta tierra que tan excepcionalmente se ha portado con nosotros» (p. 377). Para no olvidar la propia –a la que todavía tardarían algún tiempo en regresar–, y para evitar esa sensación de transitoriedad que tan poco les ayudaba a sobrellevar el día a día, decidieron que debían recuperar algunas de sus pertenencias, objetos que les fueron remitidos desde España con la misma diligencia con la que desde Nueva York les habían en-

viado a los suyos medicinas y alimentos en los primeros años de la posguerra. «Lo que nos mandas», les confesó Laura de los Ríos a sus primas Ritama y Fernanda, «es como un regalo de otro mundo. ¡Es tan difícil que os deis cuenta de lo que es sentirse desarraigado!», concluyó (p. 384). También procuraron mantener, incluso en mayor medida de lo que lo habían hecho hasta entonces, las costumbres de su país, unas señas de identidad que necesitaban inculcar a sus descendientes y compartir con los españoles que residían en Estados Unidos o con quienes se encontraban allí de visita o de paso.³

El libro concluye en 1953 tras el fallecimiento de Fernanda Urruti, autora de la mayoría de las misivas y de la frase que da título al volumen, una selección de 194 cartas –de las más de mil que se conservan en el archivo familiar– realizada por Ritama Muñoz-Rojas, nieta de una sobrina de Fernando de los Ríos. A través de esa correspondencia Muñoz-Rojas ha logrado trazar, en efecto, «la historia de una familia republicana en el exilio», una familia que siempre vivió alentada, como ha recordado José García-Velasco en el epílogo, por «el espíritu institucionista» (p. 489), el mismo que alumbró el nacimiento de la madrileña Residencia de Estudiantes, responsable de la edición.



Francisca Montiel Rayo

GEXEL-CEFID, Universitat Autònoma de Barcelona

³ Es lo que intentó hacer Laura de los Ríos –cuyas hijas habían nacido ya lejos de España– cuando, como refiere en la carta que le envió a sus primas en septiembre de 1949, les anunció que Ángeles Gasset «volverá en noviembre y les hará a las niñas los Cristobicas y llamaremos a todos los niños españoles de NY, que son un grupo ya bastante grande» (p. 386).